

Fecha de creación: 2001

Autoría: Jon Sarasua

Fuente del texto: Texto basado en la exposición realizado en unas jornadas sobre cooperación, artículo publicado en la revista HIKA.

Idioma original: Español



## Tres ideas para una cooperación vasca al desarrollo

La cooperación al desarrollo navega entre aciertos, paradojas y contradicciones, en las complicadas aguas de la mundialización neoliberal. Son tiempos de aplicar aquello de que *“no sólo se trata de hacer las cosas bien, sino de preguntarnos si lo que hacemos es lo que realmente debemos hacer”*. Mi actividad ha sido bastante periférica a este ámbito y por una parte no me siento muy autorizado a escribir sobre el tema. Sin embargo, hace algunos años que me presiguen algunas ideas sobre la cooperación vasca y en los últimos tiempos estoy más cerca de su práctica real, por lo que me atrevo a lanzarlos para el debate. Un debate que, por lo que he percibido en el ámbito de la cooperación, interesa avivar entre nosotros.

Aprovechando los apuntes preparados para unas Jornadas, sintetizo tres ideas sobre la orientación que, a mi entender, la cooperación vasca tiene la oportunidad de tomar:

### 1) Partir de lo que tenemos para compartir

Para empezar gráficamente con la idea, además de preguntar *¿cuanto dinero tenemos para dar?* hay que preguntar *¿que experiencias tenemos para compartir?* ¿que podemos ofrecer como pueblo, como trayectoria, como experiencia, que pueda ser susceptible de un flujo bidireccional con las experiencias de desarrollo en el sur?

Creo que ello supone hacer un esfuerzo por introducir otra perspectiva en la cooperación. Nos lleva a hacer un esfuerzo para descubrirnos a nosotros mismos como foco de experiencias. Acercarnos al flujo bidireccional desde eso que somos, hacemos y nos interesa compartir. Esta perspectiva debe funcionar como antídoto al asistencialismo, ese asistencialismo camaleónico que intentamos revestir con diferentes discursos, pero que aflora en el fondo de la cooperación.

Este pequeño universo vasco, tiene, por ejemplo una larga y densa experiencia de lucha y desarrollo identitario. Es un campo que ofrece muchas posibilidades de cooperación bidireccional. Aquí la bidireccionalidad

supera lo retórico, porque también el mundo del euskara está necesitado de pistas, de cómplices, de horizontes, de compartir experiencias con otras luchas en la misma dirección. El mundo del euskara está en construcción, y es el hecho de estar necesitado y movilizadísimo lo que hace posible compartir desde una necesidad mutua, por encima de asistencialismos. Existe, por ejemplo, un movimiento social por el euskara. Un movimiento que ha creado organizaciones sociales de todo tipo en respuesta a distintas facetas del desarrollo identitario y lingüístico, desde empresas hasta medios de comunicación o redes de asociaciones locales. Hoy las organizaciones sociales del euskara reunidas en Kontseilua constituyen una variada red de más de 50 organismos y coordinadoras, 5.000 puestos de trabajo creados en dichas organizaciones, una facturación de 50.000 millones de pesetas al año, y unas 100.000 personas involucradas como socios. Esta variada red tiene un enorme *potencial de intercambio de experiencias* con todos los pueblos indígenas del planeta. Es un filón de posibilidades de cooperación extenso tanto en el espacio geográfico, como en el tiempo, como en posibles modalidades.

Este enorme potencial está latente, desaprovechado, y en lo poco que se ha hecho en este sentido, hemos constatado que se abría un campo amplio y que superaba esa sutil herida de dignidad que sienten los pueblos indígenas a verse *ayudados* por ONGs y agencias. Creo que puedo decir que he vivido de diversas formas la eficacia de procesos de intercambio, la complicidad de haber sido comprendido como "indígena" de Europa, y el constatar que se ha llegado a un nivel de relación cualitativamente diferente.

La experiencia en el desarrollo identitario es un ejemplo, una de las dimensiones de lo que rezuma el pueblo vasco. Por supuesto, no es el único, nuestra sociedad es también foco de praxis de otras muchas cosas. Por empezar por lo cercano a mí, tiene una experiencia cooperativa singular, tiene una sociedad civil con características propias... Creo que una política de cooperación vasca tiene que estar atento a lo que esta sociedad rezuma, y orientar la cooperación hacia lo mejor que tenemos para compartir con los pueblos del Sur. Eso es tener una política de cooperación propia.

Es esta una idea que nos ronda desde hace tiempo y que casi ni me atrevía a formular, cuando hace un año una brasileña afincada en París, la Responsable de Juventud de la Unesco, nos interpeló asombrada porque no oía por ningún sitio nada en ese sentido. Formulaba algo así: *"Pero bueno, se ve a la legua que el País Vasco tiene una gama de experiencias propias, un fondo y unas potencialidades... ¿Que es lo que tiene para ofrecer desde ahí? ¿Como es que no partís de ahí para pensar vuestra cooperación?"*

Realmente creo que hay que partir desde ahí para pensar nuestra cooperación. Es más, creo que sólo desde ahí podemos superar la verticalidad endémica (parte de la motivación religiosa o de cooperación solidaria) que tiene el grueso de nuestra cooperación y las contradicciones que acarrea cada vez más vivamente. Tampoco estoy planteando un giro copernicano, y creo que hay que partir de valorar mucho todo lo que se hace, pero creo que nuestra cooperación se puede orientar bastante más de lo que está hacia lo que tenemos por compartir.

## 2) Acompañar procesos autogestionarios

Por parte de algunas voces y movimientos sociales a nivel mundial se está cuestionando en parte el papel de las ONGDs, agentes y fondos de desarrollo en el actual orden de cosas. Se critica que muchas acciones de cooperación pueden relegar e incluso debilitar los procesos de transformación social en clave autogestionaria y democrática. Pueden suponer la coartada para los procesos neoliberales de desmantelamiento del Estado y sus servicios públicos que se está dando en los países empobrecidos, funcionando como organismos sustitutivos y clientelares. Y, sobre todo, pueden suponer una nueva forma de asistencialismo, a la vez que se actúa mostrando la cara "solidaria" de la sociedad opulenta, de una manera puntual, mediática y tranquilizante. En definitiva, tiene el riesgo de encauzar las conciencias críticas de la sociedad hacia un asistencialismo voluntarista y parcheador, más que hacia una transformación crítica de los problemas y sus causas.

¿Que tipo de cooperación impulsar en este contexto? Se están dando reflexiones interesantes por parte de las ONGDs más autocríticas y alternativas. Aún entre dudas y reparos, se ve que existe la oportunidad de acompañar a los procesos de autogestión, procesos de desarrollo endógeno en clave democrática, identitaria, ecológica y auto-organizativa. De acuerdo con esa línea, creo que hay que enfocar cada vez más exigentemente las energías cooperadoras a los procesos realmente autogestionarios. Y al decir autogestionarios, incidir en la vertiente económica de la autogestión como resorte indispensable para un desarrollo endógeno con mínima credibilidad. Creo que se impone una reflexión sobre la triada estado-mercado-comunidad, y apostar, dentro de ese equilibrio, por los procesos autogestionarios de las comunidades. Afortunadamente, parece que las reflexiones que se están realizando entorno a las *economías populares* van en ese sentido, por lo que no abundo en este segundo punto.

## 3) Implicar como agentes a fuerzas vivas de nuestra sociedad

Existe un debate incipiente sobre por medio de qué organizaciones hay que canalizar la cooperación: por medio de ONGDs e instituciones públicas, o dando entrada a otros agentes sociales como universidades y empresas. Creo que el debate es interesante, algo engañoso y con implicaciones más profundas de lo que parece a primera vista.

Por una parte, me parece un recelo sano dudar de los intereses empresariales y universitarios de cara a la cooperación. Creo que sí se corre el riesgo (y de hecho incurre en él) de financiar programas no prioritarios. En muchos casos es difícil discernir entre interés cooperador e intereses comerciales o corporativos. Claro que si hablamos de que el riesgo es de financiar programas *no prioritarios*, debemos preguntarnos por medio de qué criterios establecemos lo prioritario. Realmente, la clave de una cooperación alternativa no radica en el tipo agente cooperador del norte, sino en el carácter asistencial o bidireccional, en el tipo de agente del sur,

en la conexión con procesos populares endógenos y alternativos. Es ahí donde hay que incidir, independientemente de que el agente del norte sea una ONGD o algún otro tipo de organización.

Planteo que es importante involucrar a las fuerzas vivas de la sociedad en la cooperación. Sé que me adentro en un terreno peligroso donde hay algunos intereses en juego. Pero manejo una tesis clara de que una cooperación que merezca ese sustantivo, una cooperación alternativa, debe implicar como agentes a las fuerzas vivas de nuestras sociedades. No podemos desarrollar una cooperación como un ámbito especializado, un ámbito autónomo, donde organizaciones especializadas canalizan fondos que las entidades públicas y manos privadas ponen en circulación como cuota aparte.

Creo que es un error plantear la cooperación exclusivamente como asunto de ONGDs y administraciones públicas. Y lo creo así por razones que tocan la esencia misma de una cooperación alternativa: debe ser alternativa no solo en el sur, sino también en el norte. Paso a citar las razones:

- a) La cooperación no solo debe, sino que *consiste* en impulsar cambios tanto en las sociedades del sur como en el norte. Creo que la necesidad de operar un cambio en las sociedades del norte no debe ser argumentado a estas alturas. No debe ser argumentado, pero tampoco hace falta ilustrar demasiado que el ONGismo gestor de proyectos lleva el peligro de no incidir (o hacerlo de forma marginal y testimonial) en ninguno de los cimientos de la sociedad, y de canalizar la solidaridad de forma muy cómoda para la propia sociedad opulenta.

Hay que inocular el virus de la cooperación a las fuerzas vivas de la sociedad. Hacer protagonistas de la cooperación - cada uno al nivel que pueda- a los sindicatos, a las organizaciones y movimientos sociales, a las universidades, al sistema educativo. Que se pongan el chip de la cooperación, que la integren en su metabolismo, que compartan experiencias, que se abran a esa realidad, con programas concretos, con relaciones bidireccionales concretas, donde puede existir una gama enorme. Esta vía tiene sus problemas, pero es la vía a tomar. Tiene un norte claro: es esta sociedad la que tiene que evolucionar profundamente y es en nuestros circuitos sociales donde hay que introducir el tema y su práctica. Y eso no se hace canalizando fondos al Sur mediante proyectos.

Es un desideratum altisonante y utópico implicar en la cooperación a las fuerzas vivas de la sociedad. De acuerdo. Se trata, como siempre, de orientar los esfuerzos por donde se puede empezar. Empecemos por las organizaciones más proclives y más multiplicadoras: el sistema educativo, las universidades, y las organizaciones sociales de ese ámbito llamado tercer sector o sociedad civil, que en nuestro caso ofrece muchas posibilidades.

- b) La segunda razón alude a la primera idea del artículo. Una cooperación que parte de lo que tiene este pueblo para compartir conlleva, como es fácil de entender, que sean las fuerzas vivas de esa

sociedad los agentes de ese flujo bidireccional. No voy a ahondar en este aspecto, porque antes he intentado dibujarlo con el ejemplo de las organizaciones sociales del euskara.

Yo imagino a muchas organizaciones con su propia dimensión cooperadora, con programas o acciones de cooperación bidireccional incluídas de forma cada vez más natural en su metabolismo y funcionamiento. Incorporando este tema a su agenda anual. No me es difícil visualizar con su propia dimensión cooperadora a prácticamente todas las organizaciones en que he participado. No voy a enumerarlas, pero hasta la más periférica y rara para mí en que he participado como socio, Erlazainen Elkartea (Asociación de Apicultores), tiene su potencial cooperador muy interesante.

- c) Una tercera razón para argumentar el interés de involucrar a las fuerzas vivas de la sociedad en la cooperación es que abre nuevos fondos, nuevas energías, posibilidades y horizontes. Eso también es importante. No se trata sólo de competir todos por los fondos (sobre todo públicos) que ya existen, sino de activar nuevas fuentes de financiación y también nuevas energías humanas y organizativas para la cooperación. Y nuevas ideas.

Termino reconociendo que no se trata de una reflexión completa sobre la cooperación vasca, para lo que no me siento capaz, sino de lanzar tres ideas para mí importantes. No pretenden constituir una crítica frontal a la cooperación vasca, ya que mi actitud ante todo lo que se está haciendo es de reconocimiento y gratitud. Desde luego, hay que partir desde lo que se ha hecho bien durante estos años. Creo, sin embargo, que sí hay que explorar nuevas vías y que hace falta debate para que las políticas partan más de ideas y algo menos de inercias y pequeños intereses creados. Creo, además, que existen recursos, personas y posibilidades para orientar la cooperación vasca de forma que sea cada vez más merecedora de dicho sustantivo.